tiguamente ejecutaba al momento la sentencia, en el dia por el interés que cada uno de sus miembros le inspira, ha introducido algunas dilaciones entre la sentencia y la ejecucion; antes de consumarla le alimenta, le levanta si cae, le da fuerzas si desfallece, arrebata de sus manos todo instrumento de muerte, y ¿por qué? Porque se reserva el dársela; debe hacerse un escarmiento, se dice; pero ¿es semejante escarmiento lo que se quiere que sea? ¿Acaso no es en nuestra época el último suplicio una causa de compasion en favor del culpable ó de endurécimiento para los espectadores?

No es esto todo; en época alguna de la antigüedad existia una opinion precisa sobre el destino futuro: así es que en casi todas las páginas del Pentateuco leemos sentencias capitales, apedreamientos, sin inquietarse en lo mas mínimo de lo que será del condenado despues de esta vida mortal; se le considera aniquilado y se empieza por escluirle de la sociedad religiosa, siendo muerto en el acto si se atreve á presentarse delante del tabernáculo. Entre los Griegos algunos sacerdotes y filósofos meditaban entre la sombra de los misterios en los destinos futuros, pero sus inciertas soluciones no habian pasado á la pública conviccion; el culpable no podia presentarse en los templos. lavarse las manos con los demás ciudadanos, tocar las copas y los vasos de las libaciones, ni presentarse en la plaza pública, y si se mezclaba en una fiesta religiosa recibia la muerte en el acto; esto era cruel pero lógico; el reo era eliminado del pueblo, era considerado como indigno de tener con sus semejantes la menor comunidad; era execrado, maldito, aniquilado.

Por el contrario, en nuestros dias, las religiones todas hablan de un porvenir cierto y predican que no todo acaba en el mundo, que hay un Dios que decide de la suerte de los hombres mas allá del sepulcro; lejos de escluir al culpable de la sociedad religiosa, le prodigamos entre sus cadenas los consuelos todos de la religion; le enviamos un sacerdote y éste despierta en él el arrepentimiento, y le hace llorar y gemir sobre sus pecados. El sacerdote sube con él á la fatal carreta, le acompaña, le convierte en el cordero inmaculado, ó mejor en la oveja descarriada que vuelve al redil, causando aun mayor gozo en las regiones celestes; y bajo aquella proteccion, despues de recibir el condenado el abrazo del confesor, de ser purificado, absuelto por el que ata

y desata las conciencias, recibe el golpe que le mata. Una pena que así va mezclada con la santidad gestá destinada á desapa-

El examen de la historia y la observacion de la sociedad actual prueban que si la pena de muerte ha sido indispensable en la antigüedad, es en el dia una institucion que se aniquila; desde el dia en que un ministro de misericordia puso el pié en el carro del sentenciado, la pena de muerte dejó de ser necesaria; conviene empero que desaparezca de las costumbres antes de desaparecer de la ley.

CAPITULO III.

DE LAS RELACIONES ENTRE LAS NACIONES Y ESPECIALMENTE DE LA GUERRA.

§ 1. Las leyes de la guerra.—§ 2. Inutilidad de las conquistas por la via de las armas.—§ 3. Caducidad de los antiguos imperios.—§ 4. Los progresos del cristianismo no se deben á la unidad militar del pueblo romano.—§ 5. Debilidad de los imperios guerreros de la edad media.—§ 6. Otros ejemplos tomados en la historia moderna.—§ 7. Formacion pacífica de la unidad francesa.—§ 8. Influencia pacífica de la Francia en Europa.—§ 9. La guerra es aun mas impotente para someter los ánimos que para someter los cuerpos.—§ 10. Las guerras originadas por el comercio no son mas útiles ni indispensables que las demás.—§ 14. Plan de Enrique III para el establecimiento de un consejo europeo.—§ 12. Este consejo no impediria los progresos interiores de ceda nacion.

§ 1. Las leyes de la guerra.

Los preceptos de la moral social son los mismos en las relaciones entre las naciones que en las relaciones entre los individuos; absteneos de toda injusticia y de toda ofensa; no os desprecieis, no os insulteis unos á otros; respetaos, sosteneos mútuamente; esto no obstante esta parte de moral ha sido la que mas violaciones ha sufrido, y hasta ahora el derecho de gentes ó de las naciones no ha sido mas que el derecho de la guerra, pudiendo decirse que en vez de reglamentar el bien, nos hemos contentado con reglamentar en parte el mal.

Antes de demostrar, no la inmoralidad, lo que seria superfluo, sino la inutilidad de las agresiones armadas, recordemos en pocas palabras las condiciones impuestas á la guerra desde la an-

tigüedad: el derecho de la guerra ha sido trazado por algunos filósofos, pero no tiene por intérprete órgano ni tribunal alguno oficial, estando abandonado á la conciencia de cada pueblo, turbado con harta frecuencia por las pasiones y sobre todo por la cólera del combate y la embriaguez de la victoria. Si las naciones de Europa hubiesen establecido un consejo europeo permanente al que cada uno enviase sus diputados, este consejo, mientras llegaba el tiempo de establecer definitivamente la paz, tendria al menos la autoridad suficiente para hacer respetar las leyes de la guerra.

El derecho de la guerra, tal como fué espuesto en el siglo XVI por Grocio y luego por Puffenderf y Burlamaqui, se encuentra casi integramente en el tratado de los Deberes de Cicerón.

Para contener el ardor del guerrero romano, el filósofo le oponia los siguientes diques: recordaba que los antiguos Romanos habian establecido para decidir las cuestiones de la guerra y de la paz, una majistratura particular, la de los Feciales, que habia constituido un derecho especial conocido con el nombre de derecho fecial (jus feciale); segun las leyes de Numa la intervencion de esta magistratura era indispensable en las declaraciones de guerra, y tocábale examinar si la espedicion era justa y favorecida de los dioses, si bien su voz fué con frecuencia desoida no bastando á poner freno á la ambicion y á la temeridad. Segun el derecho fecial, el agresor debia declarar la guerra antes de empezarla, sobre cuyo punto no es tan riguroso el derecho moderno, pues Grocio se permite sentar, que si con dicha declaracion se corre riesgo de advertir al enemigo, puede prescindirse de ella; el filósofo cristiano tiene aquí mucho que aprender del filósofo gentil.

Ciceron sienta una regla singular que los modernos han conservado, consistente en que solo el soldado tiene derecho de combatir; el que sin estar regularmente alistado, comete un acto de hostilidad ó es preso con las armas en la mano, recibe un tratamiento distinto del soldado, éste puede obtener cuartel, aquél es pasado por las armas, como si la contienda entre dos naciones debiese ventilarse por sus campeones que se dirigen al campo de batalla como á una liza, debiendo ser considerado como traidor el que por sorpresa y traicion se mezcla en aquella especie de torneo. Esta regla sin embargo debe modificarse cuando

se trata de una guerra de invasion, cuando todo un pueblo se precipita contra otro, en cuyo caso opinamos que deben respetarse los esfuerzos de la poblacion invadida y tratar á todos los ciudadanos presos con las armas en la mano como verdaderos soldados: en este punto necesita sea reformado el derecho de la guerra.

En el código de los antiguos encontramos la hermosa prescripcion de que es preciso cumplir siempre la palabra empeñada, aun respecto del enemigo, pero así los antiguos como los modernos han violado este precepto con harta frecuencia.

El último principio establecido por el filósofo romano consiste en ser clemente despues de alcanzada la victoria, á lo que debiéramos añadir, y «moderado durante la guerra.» Todos los pueblos deberian obligarse á abstenerse de todo acto de violencia y de saqueo, y de toda exaccion inútil para el triunfo de sus armas; la devastacion, el incendio, la fuerza contra las mujeres, deberian proscribirse, y en honor de los tiempos modernos tócanos decir, que si bien en nuestras guerras existen todavía algunos ejemplos de crímenes inútiles y odiosos, han sido estos cometidos en la sombra y léjos de la vista de los jefes del ejército; desde hace mucho tiempo no ha sido entregada una capital al furor del soldado, y bajo este punto de vista debemos consignar una notable mejora en nuestras costumbres respecto de las antiguas; sin embargo, como en algunos oscuros rincones del teatro de la guerra se han podido creer permitidos ciertos delitos disfrazados bajo el nombre de reprasalias, deberian ser prohibidos en un artículo del código militar de cada nacion, á fin de que los soldados lo tuviesen siempre en la memoria y de que los jefes pudiesen mantener su ejecucion.

Las naciones civilizadas podrian tambien obligarse á emplear juntamente sus armas contra los pueblos bárbaros que quisiesen ejercer la piratería, el comercio de esclavos, ó algun otro grande crimen contra la hu manidad, siendo esta la única circunstancia que puede legitimar la guerra; entonces no se reproducirian aquellos calamitosos tiempos en que mientras un pueblo civilizado sacrificaba sus hijos y sus riquezas en su lucha contra unos piratas, otro les vendia secretamente armas y municiones.

Además, para reducir á los bárbaros no seria necesario emplear medios guerreros y sangrientos; todo induce á creer por el contrario que cederian ante simples amonestaciones, si las naciones europeas formaban entre sí una liga contra la barbarie, y sin duda daríamos á nuestra influencia toda su eficacia por medio de comunicaciones pacíficas, de misiones, de viajes, recibiendo á aquellos naturales en nuestro país, enviando entre ellos á nuestros compatriotas, practicando los deberes y sembrando los buenos sentimientos de una recíproca hospitalidad.

En estos últimos años hemos visto á todos los puntos del Oriente enviar á las capitales de Europa, y principalmente de Francia, á la flor de su juventud para formarla en nuestras escuelas; las naciones civilizadas subyugan á los pueblos bárbaros por el atractivo de las ciencias, de las artes y de las costumbres, y la Grecia no habia conquistado la Italia, cuando ésta se sometió ante la invasion de su poesía, de sus artes y de su filosofía.

§ 2. Inutilidad de las conquistas por la via de las armas.

Esta verdad nos conduce al principal objeto que entendemos demostrar, esto es, á la inutilidad de las espediciones ármadas: no hablamos aquí de las guerras defensivas cuyo fin no es otro que proteger los mas justos y caros intereses, pero sí de las guerras ofensivas, emprendidas casi siempre por el orgullo y la ambicion, sin que baste demostrar á un pueblo conquistador la injusticia de sus ataques; el estrépito de las pasiones ahoga la débil voz de la conciencia; es preciso mas; es preciso hacerle ver que las guerras ofensivas son inútiles, y que solo fundan en beneficio del vencedor una prosperidad y una gloria pasajeras.

Al recorrer la historia, admira el contraste que presentan los Estados antiguos y los Estados modernos; la antigüedad solo nos ofrece pequeñas poblaciones, enemigas casi siempre unas de otras; cada uno se encierra dentro de sus estrechos límites, y cuando un pueblo conquistador parece establecer un vasto imperio, el lazo con que une á las naciones es tan débil que se rompe al primer choque, cubriendo el mas estable de aquellos imperios con una aparente uniformidad á mil pueblos desunidos, que conservan toda la diversidad de sus costumbres, de sus leyes y de sus creencias. Por el contrario, en la nueva era vemos formarse poco á poco grandes sociedades de pueblos, Estados que ocupan vastos territorios donde reinan de uno al otro estremo iguales creencias, iguales leyes, iguales costumbres.

La razon de esta diferencia está en que en la autigüedad los imperios se establecian por las armas, al paso que en los tiempos modernos, las grandes naciones se forman por medio de la armonía de intereses y de sentimientos.

Es ciertamente posible que en los tiempos apartados de la historia, en el seno de aquella profunda oscuridad en que tan dificil nos es vislumbrar un rayo de luz, entonces que las razas pobladoras del globo eran muy desiguales entre sí, es posible, repetimos, que una raza superior en inteligencia ó mas adelantada en el cultivo del espíritu, no pudiese dominar á las otras sino con el ausilio de la fuerza y de la espada; que la fusion de las pequeñas tribus, enemigas encarnizadas entre sí, solo pudiese verificarse mediante la victoria de la mas sagaz ó valerosa, y así se esplican las guerras de los Hebreos contra las hordas de Canaan, de Atenas contra Megara, de Esparta contra la Messenia, de Roma contra los Sabinos; mas al hacer la filosofía semejante concesion, debe limitarla á tiempos muy remotos que tocan á la cuna del mundo, pues cuando las naciones son casi iguales en civilizacion y en valor ¿cómo es posible que una de ellas obtenga por la fuerza y contra todas las demás, y tambien contra una • sola, una ventaja importante y duradera?

Los habitantes de Privernum se rebelaron varias veces contra Roma; despues de su sumision, el Senado recibió á sus diputados y les dijo: «Si os hiciésemos gracia de la pena en que habeis incurrido, ¿qué clase de paz nos es dable esperar de vosotros?—Fiel y perpetua, contestaron, si es equitativa; de corta duracion si es opresiva.» La mayoría del Senado opinó entonces, que un pueblo lo mismo que un hombre, no puede permanecer por mucho tiempo en un estado de que se arrepiente; que la paz es segura cuando es voluntaria, que de allí donde existe la esclavitud no puede esperarse la fidelidad, y concedió á los Privernates el derecho de ciudadanía: desde aquel dia no volvieron á rebelarse (1).

«Ya que habeis alcanzado la victoria, apresuraos á celebrar la paz, decia un sábio á un pueblo victorioso del siglo XVII; en cuanto mas se aumente el catálogo de vuestros triunfos, mas se aumentará el número de vuestros enemigos, y vues-

⁽¹⁾ Tito Livio, lib. VIII, cap. XXI.

tros aliados no tardarán en convertirse en vuestros adversarios.»

§ 3. Caducidad de los antiguos imperios.

La historia nos demuestra palpablemente esta verdad universal. Cuanto ha sido fundado por la espada se destruye por la espada. En el siglo VIII antes de nuestra era, hallábase en sú apogeo el poder militar de Nínive; medio siglo despues, levántase un conquistador salido de Babilonia, Nabopolasar, y el poderío de Nínive queda reducido á la nada; Babilonia devasta á su vez el Asia, pero no empuña por mucho tiempo el cetro de la dominacion; la Media y la Persia precipitan contra ella sus legiones á mediados del siglo VI, y Babilonia muere como habia muerto Nínive, y como si estuviera señalado el espacio de un siglo al poder y á la gloria de cada imperio. ¿Qué es un siglo en el océano de la historia? Si los señores de aquellos reinos hubiesen dado impulso á los trabajos de la agricultura y de la industria, si hubiesen mejorado la condicion de los pueblos, habrian fundado imperios mas duraderos, mas fuertes contra la accion del tiempo y de los hombres. Ciro estableció un poder en apariencia formidable, y en el siglo V, estrellóse contra un pais apenas perceptible comparado con la inmensa estension del imperio de los persas, contra la Grecia, que apuró la invencible energía de una guerra defensiva y legítima, cayendo aquel vasto imperio al llegar el siglo IV ante un ejército de cuarenta mil griegos mandados por Alejandro.

Tenemos pues a otro conquistador en la escena del mundo ;obtendrá de sus victorias mas ópimos frutos? No, el imperio de Alejandro es una palabra pomposa y vacía, y despues de la muerte del gran capitan, queda el mundo tan dividido como antes: la guerra no reconcilia á los pueblos entre sí, les hace mas y mas hostiles, y en vez de la unidad que Alejandro parecia haber impreso á las regiones que conquistara, vemos luchar entre sí en tiempo de los sucesores de aquel príncipe á la Siria, al Egipto, al Asia Menor, á la Thracia y á la Macedonia, no tardando en fraccionarse en mil pedazos el reino de Seleuco, y produciendo los reinos de Bithinia, de Pérgamo, de Capadocia, del Ponto, de Armenia, de Parthia, de Bactriana, etc.

¿De qué pues sirvió la conquista? ni siquiera para deponer en aquellos países un gérmen de civilizacion; pues los generales de Alejandro no pudieron establecerse en Egipto y en Siria de un modo duradero, sino aceptando las costumbres, los usos y las leyes de aquellas regiones y aliándose con los vástagos de las antiguas dinastias. ¿Qué se cambió entonces? Unicamente los nombres de los reyes, quienes en vez de tener un nombre asiático lo tuvieron griego; en el fondo todo quedó lo mismo. Los progresos realizados en tiempo de los Ptolomeos y de los Seleucidas habrian sido mas rápidos y seguros por medio de relaciones pacíficas con la Grecia; los Romanos fueron civilizados por los Griegos sin ser vencidos por ellos, ni recibir de los mismos dinastias, y aun cuando no les hubiesen subyugado habrian admitido sus poesías, sus artistas y sus filósofos.

Tal era el Estado del mundo en el siglo III antes de nuestra época; una veintena de naciones, mas enemigas unas de otras de lo que lo fueran antes de la guerra de Alejandro, y si entonces daba la civilizacion algun paso, era mas bien á pesar de la guerra que á causa de la misma: en el siglo III hacia quinientos años que Roma existia, y hallábase todavía en pugna con sus mas próximos vecinos, con los Samnitas y los pueblos de la Umbría, debiendo sostener en su propio territorio y con pérdida la lucha de un rey de Tiro. Así pues, Roma empleó cinco siglos en adquirir penosamente la fuerza de sostenerse contra sus vecinos, siendo de creer que si en vez de lanzarse sin cesar al campo de batalla, hubiese empleado los medios de conciliacion, las alianzas y los tratados, la asociacion italiana se habria formado mucho antes y de un modo mas duradero, pues durante el siglo primero de la era cristiana la vemos á dos pasos de su ruina á causa de la guerra social.

Roma disputa á Cartago la posesion de la Sicilia, de la Cerdeña y de la Córcega, y logra con ello atraer á Aníbal hasta el pié de sus murallas; al terminar la segunda guerra púnica Aníbal dijo á Escipion: «¿Vale acaso la conquista de la Cerdeña y de la Sicilia lo que los romanos han perdido en escuadras, en generales y en ciudadanos? ¿Cuánto mejor habrian hecho en contentarse con la Italia y nosotros con el África?» El mismo Aníbal escribia lo siguiente al senado de Cartago en medio de sus triunfos de Italia: «Acabo de esterminar al ejército romano: enviadme soldados; he puesto la Italia á contribucion: enviadme dinero.» Así pues la guerra renace siempre de las entrañas de la guerra.

En la época en que Cartago y Roma luchaban con tanto encarnizamiento ¿era acaso posible formar de ambos imperios uno solo? ¿Que habria conseguido Aníbal apoderándose de Roma? apodia esperar convertirla en una ciudad africana? Los pueblos de Italia tenian necesidad de un centro en la misma Italia, y no podian unirse á una metrópoli situada en África, del mismo modo que no era dable á los pueblos africanos el formar una asociacion cuyo centro estuviese en Italia. A pesar de la maldicion de Caton y de las armas de ambos africanos, Cartago se levantó de sus ruinas, y se convirtió mas tarde en el centro de la Numidia. en una ciudad poderosa, donde brillaron las artes y las letras, donde San Agustin recibió el brillante cultivo de su espíritu. Intentar someter á un pueblo por medio de las armas, es pues una tentativa insensata, y cuanto mas adelantemos en este exámen, veremes con mayor evidencia que no existe asociacion sólida ni fusion entre los pueblos á no ser por los intereses y las cosas, esdecir, por las relaciones pacíficas.

§4. Los progresos del cristianismo no se deben á la unidad militar del imperio romano.

Al principiar el segundo siglo anterior á nuestra era, Roma empieza á estender su nombre á todos los pueblos que rodean el Mediterráneo, y decimos su nombre, mas bien que su poder, en cuanto deja á cada país en el estado en que lo encuentra, sin alterar en lo mas mínimo sus costumbres, sus religiones y sus leyes, contentándose con establecer en él un gobernador, quien se limita á percibir los tributos y á enriquecerse. Ahora bien, ¿es esto una verdadera dominacion? ¿Puede decirse que durante los cuatro primeros siglos de la era cristiana fueron debidos los progresos de la revolucion religiosa á la influencia de la dominacion romana? Roma en vez de favorecerla; la persigue, y la unidad militar del mundo romano, que ha sido considerada como favorable á la propagacion del cristianismo, le fué menos útil que perjudicial. Desde el centro de Roma el emperador estendia la mano á todos los puntos del imperio y la dejaba caer contra los cristianos ¿como pues, bajo tan terrible persecucion, podia realizarse aquel progreso? por medio de relaciones enteramente pacificas que habian precedido á las relaciones guerreras.

Los judios formaban una reducida nacion perdida en un rincon

del globo, y escluidos en su mayor parte de la posesion territorial, como ya hemos dicho (1), se veian obligados á enriquecerse por medio del comercio, diseminándose por todas las partes del universo, é infiltrándose por decirlo así en todas las naciones del mundo, á pesar de la guerra y de los obstáculos que podian ofrecer las recíprocas hostilidades de los distintos países. En las principales ciudades del Asia, de la Grecia y de la Italia existian sociedades de judíos, los cuales tenian sus asambleas religiosas, comunicaban entre sí y formaban como una inmensa red de una á otra orilla del Mediterráneo; esta comunicacion facilitó el progreso religioso de sinagoga en sinagoga, y cuando los apóstoles penetraron en el Asia Menor, en la Grecia, en la Italia, dirigiéronse á aquellas asambleas de judíos, cuya lengua hablaban y donde fueron recibidos como hermanos: á ellos enviaban sus cartas, y las santas epistolas á los Galatas, á los Efesios, á los Corintios, á los Atenienses, á los Romanos no iban dirigidas al pueblo de Galacia, de Efeso, de Corinto, de Atenas ó de Roma, sino á aquellas asambleas judías, únicas que podian recibir y propagar la nueva doctrina. Las pequeñas sinagogas se convirtieron en las primeras iglesias y la transformacion religiosa del mundo fué resultado de la pacífica organizacion que precediera á la organizacion militar del imperio romano; sin estas relaciones intelectuales, los lazos puramente militares establecidos entre los pueblos, les habrian retenido en el politeismo en vez de ayudarles á salir de él.

Veamos empero si la organizacion guerrera del mundo romano, le pone à lo menos al abrigo de los ataques armados: ¿qué hizo
el imperio con su pretendida unidad y aparente fuerza contra la
invasion de los Bárbaros? nada, dejóles penetrar por todas las
puertas. ¿Qué hace la sociedad actual que hemos visto formarse
no por la guerra, sino á pesar de la guerra? Convertir á los Bárbaros y humanizarles mediante la nueva religion.

¿Porqué los Bárbaros se derramaron con tanta facilidad por las comarcas que forman en el dia la Italia, la Francia y la España? porque estas regiones no habian sido unidas entre sí por los Romanos, y si las Galias, la España y la Italia hubiesen sido civilizadas por la dominacion romana, si los pueblos de estos

(1) Véase pag. 26

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEGA
BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEGA
BIBLIOTECA UNIVERSIDAD

"ALFONSO RELES"

"ALFONSO RELES"

"Ado. 1625 MONTERREY, MEXICO

países no hubiesen permanecido en la misma division, en la misma hostilidad en que fueron hallados por los Romanos en tiempo de la conquista, es seguro que habrian opuesto á las hordas invasoras una resistencia mas formal; además, conviene advertir, que la mayor parte de los países recibieron á los Bárbaros como libertadores, pues el imperio romano les tenia reunidos en un espantoso desórden.

Tenemos pues, que el resultado de la conquista romana fué una falsa paz, una falsa civilizacion, una ilusoria fuerza; bajo aquella unidad superficial, reinaban las antiguas disensiones, las antiguas costumbres, las antiguas hostilidades, lo cual no podia desaparecer sino á impulso de una influencia pacifica é intelectual de una comunidad de ideas y de sentimientos.

§ 5. Debilidad de los imperios guerreros de la edad media.

Si se nos objeta que en la edad media se fundaron por la fuerza de la espada algunos grandes imperios, como el de los Arabes, el de los Mogoles y el de los Turcos, contestaremos manifestando la pronta decadencia de los mismos; en el siglo VII empieza el poder de los Arabes, y á mediados del siglo VIII pierde ya su unidad, y se fracciona mas y mas hasta que sucumbe á los golpes de los Moros, de los Turcos y de los Mogoles. En 1206 Gengis-Kan reune las hordas de los Mogoles y establece por un instante la dominacion mas vasta que haya jamás existido; pero, rota al cabo de veinte años, deja otra vez á las naciones con su independencia y en sus mutuas hostilidades; finalmente el año 1453 presencia la primera grandeza de los Otomanos, y el 1571 contempla ya su decadencia. Obsérvese además que estos imperios se fundan únicamente por la traslacion de los pueblos conquistadores á la tierra de los pueblos vencidos, y ¿acaso existe en el dia una poblacion europea que quisiese trasladarse en masa al territorio de otra nacion y permanecer en él abandonando para siempre su patria? á este precio podría crearse en el mismo una posicion por espacio de dos ó tres siglos, hasta que á su vez sucumbiera bajo otra invasion, pero es un desacierto pensar en ejercer desde sus fronteras una dominacion duradera sobre otro pueblo distinto.

§ 6. Olros ejemplos tomados en la historia moderna.

Las únicas conquistas sólidas y verdaderas son las que desgeansan en la alianza de los ánimos y de los corazones; las que reconocen la fuerza por orígen, pueden ser duraderas si se aplican á cortas porciones de territorio que no valen la sangre derramada para conquistarlas, pero si por el contrario reconocen por objeto un territorio estenso y poblado, son por lo mismo estremadamente frágiles; pues si la presa vale la pena de ser guardada, es bastante fuerte para rebelarse ó á lo menos para ser de difícil custodia, ocupando así parte de las fuerzas del imperio que pretende subyugarla á pesar suyo.

Todo imperio harto estenso se divide, sucediendo lo mismo en los reinos humanos que en los cuerpos materiales: una barra de hierro muy larga se dobla y acaba por romperse. Luis XIV cometió el error de no contentarse con las provincias que le fueron cedidas por el tratado de Nimega, conquistas fáciles, porque como diremos en su lugar eran naturales y legítimas; en la embriaguez de sus triunfos, esperimentó el deseo de aumentar aun mas su poder, y sus ministros y sus generales le impulsaban á tomar otra vez las armas, diciéndole que si no era el primero en declarar la guerra, estallaria ésta á pesar suyo de parte de un enemigo humillado.

En aquella época un filósofo francés, Bayle, al impugnar los pronósticos que la supersticion del tiempo pretendia deducir de la aparicion de un nuevo cometa, decia: «No creais en el amor de los pueblos alemanes, ni en su deseo de ser franceses; no creais en que os sea lícito aumentar impunemente vuestro poder, sin escitar celos y odios, y sobre todo no creais en los triunfos que os asegura un cometa.» La voz de Bayle fué desoida; la guerra estalló, y el tratado de Ryswick nos arrebató parte de los beneficios obtenidos en Nimega. Mas tarde y durante el mismo reinado, intentamos hacer desaparecer los Pirineos; sentamos á un príncipe francés en el trono de España, y el tratado de Utrecht nos humilló aun mas de lo que hiciera el de Ryswick.

No es la Francia la única nacion que al dejarse arrastrar por el ardor guerrero ha tenido que arrepentirse de la vanidad de los triunfos de las armas: David Hume ha dirigido á su país iguales cargos que los que hacemos al nuestro, y en un ensayo polí-